

CONCLUSIONES

Los años previos a la Revolución cubana se caracterizaron por la existencia de un capitalismo subdesarrollado y dependiente de los EE.UU., mientras que en el aspecto político se experimentó una serie de dictaduras en extremo represivas y corruptas. Dentro de este contexto, la clase obrera organizada se movilizaba en torno a la lucha contra el desempleo masivo y la exclusión social. El movimiento revolucionario surgido en los años cincuenta heredaba tales reivindicaciones y las acompañaba con un sentimiento libertario, nacionalista, radical y antiimperialista; iniciando bajo el método guerrillero la lucha por la toma del poder.

La Revolución cubana fue durante un tiempo, para muchos, el acontecimiento histórico más importante del siglo XX en América Latina. Se constituyó en paradigma de los procesos de reivindicación social y popular y de lucha armada. En los años sesenta, el triunfo de los rebeldes, generó una explosión de nuevos imaginarios que propendían por el cambio social y la búsqueda de la realización de la utopía igualitaria. La Revolución cubana, como todas las revoluciones, nació con un enorme ímpetu interno, con el vértigo de la transformación y se legitimaba a través de un discurso populista, alimentado por un proyecto de radicales medidas para beneficio de las masas cubanas. El tono anti-imperialista del proceso revolucionario contribuyó a la radicalización de la dinámica política y despertó la hostilidad de los EE.UU. hacia éste, desencadenándose una serie de situaciones que concluirían con la alineación de la isla hacia el bloque soviético, bando contendor de los EE.UU. en la lucha por la hegemonía mundial. La nueva alianza cubano-soviética integraba la isla al mercado socialista mundial, permitiendo que Cuba se abriera paso hacia un modelo de dirección similar al soviético.

La relación con la URSS y el socialismo se convirtió, hacia los años setenta, en un medio de subvención completo para la isla. Sobre esta base tuvo lugar un cambio social y económico profundo. La estrategia puesta en marcha fue la de dirección y planificación de la economía y el resultado obtenido: un fuerte proceso de estatización. La nacionalización económica total conllevó a la eliminación de la heterogeneidad de la estructura social y fortaleció la función del Estado, a la vez que éste crecía en autonomía social al ser el principal administrador de los recursos que aflúan desde el exterior, mayores que los producidos internamente. De esta forma, el Estado se consolidó como agente de desarrollo y durante estos años pudieron eliminarse las principales características estructurales de la miseria: disminuyeron las disparidades sociales, hubo un crecimiento equilibrado de la población, aumentó la esperanza de vida y la participación de la mujer en la actividad laboral y se lograron eliminar problemas como la desnutrición, el desempleo y la pobreza masiva.

Sin embargo, el alto grado de centralización consolidó un Estado autoritario, incluso autocrático, caracterizado por el burocratismo y la dependencia de los cuadros a las orientaciones de los niveles superiores, que permeaban todos los aspectos de la vida social y configuraban un campo en el que posturas extremistas tomaban fuerza. Una sociedad configurada altamente a través de lo estatal, demandaba de sus individuos una fuerte adhesión a sus directrices. La tendencia centralizadora generó una actitud contraria a la innovación, lo que en el campo económico se tradujo en ineficiencia empresarial y freno al aumento de la productividad. En el transcurso de los años ochenta, el desarrollo cubano perdió empuje y la estructura social se hizo cada vez más estática. Ante la rigidez, esquematismo y dogmatismo de las instituciones estatales se configuraron modelos de conducta que fluctuaban entre un escepticismo que rayaba en negación y rechazo a toda práctica institucional, y el acomodamiento ideológico, que a veces pasa por una fe colaboracionista totalmente acrítica y conformista, o el oportunismo. Sin embargo, también hizo presencia en los años ochenta, un considerable sector de la intelectualidad artística que con una buena dosis de fidelidad a los principios revolucionarios asumió una conducta indagadora en la búsqueda de un pensamiento propio y crítico sobre la realidad social cubana. Aunque dicho intento renovador fue producto de una vanguardia artística e intelectual y no de toda la población cubana, y se encontró con la negativa oficial de escuchar sus propuestas y responder a sus preguntas, sentó un importante precedente de cuestionamiento a las bases mismas del régimen y de la imposibilidad de las nuevas generaciones para expresarse con una voz propia.

Los problemas económicos y sociales que se evidenciaban para esta época fueron objeto de un “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas” puesto en marcha por el gobierno cubano, el cual consistía fundamentalmente en consolidar el

papel del Estado, otorgarle mayores poderes a partir de una estrategia de radicalización en el socialismo, en un contexto en el que el bloque soviético comenzaba reformas y revisiones a través de los procesos conocidos como *Glanost* y *Perestroika*. Era la antesala del desmonte del campo socialista y de las dramáticas consecuencias que experimentaría Cuba debido a la estrecha dependencia de su proyecto social de la existencia y subvención recibida de dicho bloque.

Para comienzos de los noventa, el intercambio comercial con los países socialistas casi había desaparecido por completo y la situación en Cuba tomó dimensiones de catástrofe, pues el comercio exterior era la base fundamental de su sustento económico. La dirigencia respondió ante la crisis con transformaciones centradas en el aspecto económico, las cuales pretendieron abrir a Cuba al mercado mundial a través del impulso a nuevos renglones de exportación, el turismo, pequeñas actividades comerciales privadas y la legalización de trasferencias de dólares desde el exterior; el efecto principal que esto ha tenido ha sido el resurgimiento de desigualdades sociales y la recomposición de una estructura socioclasista en la isla. Pero en el ámbito ideológico, la renovación de valores en la institucionalidad cubana ha sido lenta y distante de los requerimientos de la dinámica económica y social de la vida cotidiana en las últimas décadas.

En Cuba, como en los demás estados en los que no se permite la acumulación privada, el papel del Estado en la generación de nuevas élites es todavía más directo, sin embargo, después de la consolidación del régimen revolucionario, éste ha mostrado una incapacidad para hacer frente a la circulación de nuevas élites lo que ha contribuido a su debilitamiento interno. La no renovación de éstas en la política cubana y la institucionalización de espacios de participación para los jóvenes caracterizados por el formalismo y el tutelaje del Partido Comunista sobre éstos ha traído como consecuencia la imposibilidad asimismo de una renovación de la Revolución, la cual se ha erigido en un régimen por este hecho conservador, que sin embargo sigue representándose a él mismo con un lenguaje y unas poses revolucionarias. A la vez, este régimen ha perdido legitimidad con el deterioro ideológico que viene sufriendo desde la década de los ochenta, agudizado con la pérdida del referente soviético y con la reducción de su capacidad para integrar económicamente a la población. Por esto en el plano imaginario, la incomunicación con las nuevas generaciones se hace manifiesta, ya que para ellas, las categorías, los conceptos y el lenguaje mismo con que se comunica la oficialidad del régimen han perdido su eficacia y han dejado de transmitir los significados que antes tenían y que no han podido ser renovados.

Es aquí donde cabe la pregunta que se hacen algunos jóvenes en Cuba: ¿qué significa ser revolucionario en la actualidad? Para responder esta pregunta, por ejemplo, las instituciones y voceros oficiales tienen una lista prefabricada de cualidades y actitudes muy

claras que pasan ante todo por el cumplimiento de los parámetros del Partido. Mientras tanto para muchos jóvenes es aún una pregunta abierta cuya posible respuesta en todo caso se aleja del acomodamiento y de la repetición de discursos ya sentidos como ajenos y retóricos. Sin embargo, los jóvenes deben comunicarse con estos mismos códigos y utilizar el lenguaje del régimen que es el autorizado en los espacios controlados por éste como los espacios públicos, las instituciones educativas, los CDR, entre otros, para evitar su marginación de la vida social y la pérdida de oportunidades; pero mientras se mueven en espacios distintos por fuera del control del Estado (como los círculos de amigos, los espacios de creación artística), que ahora son mucho más amplios y más diversos, los códigos y el lenguaje que emplean dista en no pocas ocasiones del oficial y éste se convierte en objeto de burla o crítica para muchos de ellos. Pero estas reelaboraciones de conceptos e imágenes por parte de las nuevas generaciones no han logrado en buena medida abandonar el mundo subterráneo: informal y fragmentado, para propiciar una renovación del discurso autorizado. La relación del régimen con el lenguaje y las posturas menos esquemáticas y dogmáticas de los jóvenes, se hace a través del otorgamiento de ciertas concesiones en espacios como por ejemplo, las revistas juveniles que incluyen temas y expresiones más acordes a sus intereses y su modo de hablar, pero nunca autorizando a las nuevas generaciones para hablar en público o en los medios oficiales con sus propios códigos y sus propias visiones de la realidad. Una apertura en este sentido implicaría el establecimiento de un diálogo social desde hace tanto tiempo postergado y tan necesario en las actuales condiciones de crisis económica y social para la búsqueda de soluciones innovadoras y acordes a la realidad y a las muy diversas necesidades de la población de la isla.

Las relaciones que establecen hoy los jóvenes cubanos con su régimen político están marcadas a diferencia de las anteriores generaciones, por una mayor autonomía ganada por la sociedad civil en la última década, reforzada en los hechos por las actividades económicas que emergen fuera del ámbito estatal y por la reducción del ámbito de acción y la capacidad reguladora del Estado a través de la planeación central. De esta manera, los lazos de integración y dependencia que creaba el régimen con la población se debilitan una vez terminado el proceso educativo. Esta autonomía favorece la creación de canales alternativos y vías de acceso gestionados de manera más independiente, a bienes y recursos no proporcionados por el Estado, que satisfacen intereses y necesidades de los jóvenes, no promovidos o tenidos en cuenta por las instituciones del régimen. La relación de los jóvenes con el régimen se mueve también dentro de esta tensión entre la inserción o marginación de los canales formales institucionales o los alternos y subterráneos en donde unos y otros tienen a veces acercamientos como conflictos, complementándose algunas veces y excluyéndose otras. La existencia de

estos dos tipos de canales y espacios cobra una singular importancia para el estudio de diferentes sectores de la población en Cuba así como para el acercamiento a interpretaciones y expresiones no oficiales.

A pesar de que Cuba sigue aún bajo un régimen político de tipo socialista y no ha visto a este desplomarse como en la Unión Soviética, algunos sectores de su juventud muestran en su imaginario un proceso similar en cuanto a la suerte de la ideología marxista-leninista, descrito para esos países de Europa Oriental y Central, en donde ciertas premisas de ella provocan ahora un fuerte rechazo y dejan de tener cabida en la forma de representarse como actores sociales y de imaginar el futuro. Algunas de estas premisas son: la importancia de la comunidad y los intereses colectivos sobre los individuales, el carácter de ciencia dado a la historia y el poder de las grandes narrativas para integrar y orientar la acción social. En Cuba, como en otras sociedades en las cuales se hizo una revolución en nombre de los más altos intereses colectivos y de darle respuesta a la cuestión social y que para su realización hace un llamado a la movilización de la población dentro de organizaciones masivas de participación, se ha retomado con fuerza dentro de su juventud actual, la importancia del individuo como sujeto activo y poseedor de intereses y expectativas que desbordan a veces o que no pueden ser contenidas en los proyectos colectivos que se hacen en su nombre pero presuponiendo una inclusión pasiva de éste. Se podría decir, entonces, que las nuevas generaciones parecen buscar así un lugar como individuos dentro de la vida social de su país que no implique como antes un abandono o postergación de su desarrollo personal y la realización de sus intereses propios, ni la dilución de su voz dentro de otra más general y colectiva como la voz del pueblo o la voz del Partido. Por esto, en términos de Agnes Heller, la libertad política tan sacrificada en las revoluciones de este tipo, podría volver a ser un aspecto privilegiado dentro de las nuevas definiciones de cambio social en la isla que hagan las últimas generaciones, poniendo en segundo plano la cuestión social a diferencia de países como el nuestro. También se hace ya insostenible para los jóvenes habaneros la idea de la postergación del presente por la construcción de un supuesto futuro imaginado como un nivel superior de progreso material y espiritual. Todas las bases que cimentaban la creencia en la llegada de éste parecen haber sido derrumbadas por los procesos ideológicos y sociales vividos en Cuba que culminaron con la caída del campo socialista y la posterior crisis económica en que se sumergió la isla, y esta lógica del sacrificio del presente se ha empezado a percibir como injusta para con las generaciones así sacrificadas, que son vistas por las actuales como un espejo en el cual ya no quieren reflejarse más, así el régimen se los siga pidiendo en sus constantes llamados a la participación en las “tareas de la Revolución”.

Sin duda alguna, aunque en nuestro trabajo le dimos un lugar privilegiado al arte por ser un espacio que por su naturaleza permite encontrar lo que la juventud pide y dice en la sociedad cubana, queda una buena parte de las producciones artísticas sin explorar siquiera y muchos aspectos desde los cuales también pudiera producirse el acercamiento a nuestro tema como el de la educación que tuvo un tratamiento demasiado bajo en nuestro trabajo y que podría aportar claves importantes y complementar bastante los análisis y acercamientos aquí propuestos. Quedaría pendiente también una exploración más amplia a las diferencias intra-generacionales que se enfoque en aspectos como el género, la vinculación-desvinculación del trabajo y el estudio, la procedencia del campo o la ciudad, las diferencias étnicas, religiosas y de preferencia sexual que sin duda aportaría importantes contribuciones al tema y matizaría bastante las conclusiones a las que ha llegado este trabajo, complejizando la diversidad juvenil y dando mayor cuenta de la suerte de la sociedad cubana actual.